



El árbol de Navidad y las antiguas tradiciones de Europa

Por Néstor Luján

La costumbre de adornar un abeto con regalos y velas encendidas en la noche de Navidad procede de un rito pagano, pero se ha introducido en España y América desde el siglo pasado y ahora convive pacíficamente con las figurillas del Belén y las demás tradiciones cristianas, como puede verse en la fotografía de la página anterior: un árbol de Navidad en la barcelonesa plaza de Sant Jaume.

La vida moderna va sumando tradiciones extrañas a nuestras antiguas y venerables costumbres navideñas. Tradiciones que vienen de algo más viejo y profundo que la más reciente tradición cristiana. A muchas personas les irrita este hecho —incluso en este período de Navidad, que tan poco se presta a los desabrimientos y destemplanzas—, considerándolo como una invasión de costumbres extranjeras a nuestra fiesta. Es decir, muchos creen, en su inocencia, que el árbol de Navidad y las tradiciones botánicas

que se unen al solsticio de diciembre vienen a modernizar la tradición del Belén o pesebre —que es mucho más reciente— y lo encuentran escandaloso. Como lo es también, para muchos, que el bueno y viejo barbado papá Noël compita con la tradición de los Reyes Magos. Y lo que pasa es que el árbol de Navidad, el tronco rugoso de Navidad —la bûche de Noël francesa—, el muérdago, el acebo, las casi extinguidas fogatas navideñas, están dentro de las más antiguas costumbres de la vieja Europa.

La tradición germánica y profunda del





La costumbre de celebrar la Navidad con un abeto adornado se impuso en Alemania antes que en los países latinos. Tanto el grabado de arriba como el de la página anterior fueron compuestos por dibujantes alemanes de finales del siglo XVIII. Uno representa la celebración en un hogar humilde. El otro nos muestra una mansión aristocrática.

En ambos casos, el árbol preside la fiesta.

«Lichterbaum», árbol de la luz, está inscrita en los ritos de regeneración de la luz, en el momento en el que el día crece, pasado el solsticio. Sir John George Frazer, en su libro celeberrimo **La rama dorada** —la rama dorada no es otra, según él, que el muérdago navideño— afirma que las fiestas navideñas fueron adaptadas del culto solar de los ritos persas del dios Mitra. Tan a la moda en la Roma imperial. Sean o no ciertas las teorías del folklorista y antropólogo inglés, hallamos todavía memoria de los fuegos solsticiales de invierno en el leño de Navidad, tan vivo en países como Francia y, sobre todo,

en la Provenza y Cataluña y en la tradición del árbol iluminado escandinavo y germánico.

EL ABETO TRADICIONAL

El árbol de Navidad coexistió durante bastante tiempo en Alemania con los belenes, pues de hecho, las figuras del Nacimiento más antiguas que existen son alemanas. El primer belén del que se tiene noticia es el del monasterio de Fussen, que data de 1252. Son mucho más modernas las documentaciones oficiales sobre el árbol de Navidad, aunque estos ritos sean más antiguos. De hecho, van unidas al triunfo del protestantismo en Alemania y Suecia, que tendió austeramente a eliminar el belén en favor del árbol.

Se inventaron entonces múltiples leyendas. La primera y más importante fue la de Martín Lutero, que quería ligar el antiguo abeto de las selvas germánicas, adornado en los solsticios, con un hecho acaecido al reformador. Así se desarrolla la leyenda: en la noche de Navidad, Lutero caminaba por el campo, bajo un cielo glacial y sereno y entre unos árboles nevados y adornados con carámbanos que brillaban a la luz de la Luna.

Impresionado por el espectáculo y llegado a su casa, Lutero —según esta tradición— cogió un pequeño abeto e intentó reproducir lo que había visto usando cintas brillantes y velas. La leyenda es graciosa, pero casi es seguro que fue inventada en tiempos posteriores. Otra leyenda explica que durante la guerra de los Treinta Años, un oficial sueco, agradecido a una familia alemana que le había recogido y cuidado sus heridas, les enseñó a celebrar la fiesta de Navidad al estilo de su país. Esta leyenda nos parece todavía menos fidedigna porque se sabe que las primeras noticias que se tienen sobre el árbol de Navidad son de mediados del siglo XVIII, o sea, muy posteriores a la guerra de los Treinta Años.

Por otra parte están las narraciones de tipo literario que no ligan solamente con el árbol de Navidad. En el Ciclo Bretón, en la historia de los Caballeros de la Mesa Redonda, aparece Parsifal, absorto en su obsesión por el Santo Grial y que súbitamente ve, frente a sí, un árbol en el cual lucen mil candelas brillantes que, al decir los poetas, bailaban y refulgían como las mismas estre-

llas. En otro romance bretón se cuenta que Durmart, hijo del rey de Gales, atravesando un espeso bosque envuelto en unas densas sombras y lleno de pánicos nocturnos, advirtió una gran luz que crecía al acercarse y cuando estuvo frente a ella vio el resplandor que venía de un árbol iluminado, como incandescente, en cuya copa descansaba el niño Jesús, que resplandecía como el sol.

Pero las primeras noticias históricas documentadas que han llegado a nosotros del árbol de Navidad no son ni germanas ni escandinavas, sino alsacianas y se encuentran en documentos fechados en los años 1557 y 1561 respectivamente. Otro, más concreto, está fechado en 1604 y su título es **Memoriabilia quaedam Argentotari Observata**. Allí se indica como cosa a recordar la costumbre de Estrasburgo de celebrar la Navidad con un arbolillo sosteniendo luces encendidas. Años más tarde, un teólogo protestante llamado Dannhauer, también natural de Estrasburgo, publicó un libro de carácter marcadamente ascético con el nombre extravagante de **Catequismus milch** (Leche catequística), en el año 1642 y en él se lee textualmente: «Se levantan en las casas arbolillos de pinos y en ellos se fijan luces, juguetes y golosinas. Los chiquillos, al despertar, se lanzan sobre él y lo saquean. No sé de dónde procede tal costumbre; pero creo que sería mucho mejor encaminar a los niños hacia el árbol espiritual de nuestro Señor Jesucristo».

SIGLO XVIII: ALEMANIA Y ALSACIA

Durante el siglo XVIII, el árbol de Navidad se consolida en Alemania y Alsacia y pasa incluso a Inglaterra. Goethe, cuando cuenta las desdichas del joven Werther, dice haber visto el primer árbol de Navidad en 1765 en Leipzig, del cual, además de golosinas, pendían figuritas del niño Jesús en la cima, la Virgen, san José, el asno y el buey. Existe constancia también de la llegada del árbol de Navidad a Inglaterra, pues lo llevó a las islas por primera vez, en el palacio de Buckingham, la reina Carlota, esposa de Jorge III, que reinó entre 1760 y 1810. Todavía hoy, la ciudad de Oslo envía un árbol de Navidad a Londres como atención municipal que se erige e ilumina en Trafalgar Square.

En cuanto a Alsacia, la baronesa de Oberkirch, en sus interesantísimas **Memorias**, habla del invierno de 1785 en Estrasburgo y deja constancia de la presencia de un árbol majestuoso de Navidad, patriarca del bosque. Dice así: «Pasamos el invierno en Estrasburgo y en la época de Navidad fuimos, como era costumbre de todos los ciudadanos, a la feria que se celebraba en los alrededores de la catedral. Esta feria, destinada sobre todo a los niños, duraba toda la semana que precede a Navidad hasta la medianoche de Nochebuena. Cuando llega el gran día, se prepara en la casa el «Tannenbaum», el abeto cubierto de bujías y de golosinas con una gran iluminación; se espera la visita del Niño Jesús que debe recompensar a los niños y se teme al demonio que busca y castiga a los niños desobedientes. El pequeño Jesús aparece siempre y sus regalos también; frecuentemente se oye la voz ruda y severa del diablo, que algunas veces aparece armado de un látigo y vestido de rojo y negro como conviene a Satán».

EL SIGLO XIX: EL ARBOL DE NAVIDAD EN OCCIDENTE

Como hemos dicho, en Inglaterra el árbol de Navidad tomó bien pronto carta de naturaleza y ello se refleja en el máximo novelista inglés del siglo XIX, Charles Dickens. Por cierto, que en su primera novela, que data de 1837. **Las aventuras de Pickwick**, en el magnífico capítulo que describe la Navidad campesina no aparece el árbol navideño, en tanto que a una de sus últimas obras, **Nuevas historias para Navidad**, de 1869, la prologa con un magnífico ensayo sobre el árbol de Navidad que introduce en estas encantadoras narraciones. Ello parece confirmar que el árbol de Navidad se impuso como costumbre doméstica en Inglaterra después de 1840, cuando el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo, esposo de la reina Victoria, la introdujo en el palacio de Londres.

El primer árbol de Navidad que se vio en París, ya que no en Francia —donde era en Alsacia, como hemos señalado, una antiquísima costumbre—, se debió a una española,

Arbol de Navidad conservado en el Metropolitan Museum de New York. En la base, una colección de figurillas napolitanas.





Dibujo del siglo XIX en la revista «La Llumanera», que muestra como los niños catalanes se divertían con el «tió», del que esperaban golosinas y juguetes.

la emperatriz Eugenia. Efectivamente, en la Navidad de 1867, Napoleón III y su esposa quisieron adornar un abeto en las Tullerías para regocigo navideño del príncipe imperial. Se trajo, como es natural, de Alsacia. Luego, en 1870, cuando tras la guerra con Prusia, Alsacia pasó a pertenecer al Imperio alemán, se popularizó esta costumbre como recuerdo y adhesión de aquella provincia perdida. No era, pues, tradicional en París el árbol navideño que, repetimos, es algo que va ligado con las tradiciones germánicas y escandinavas y que llegó a Inglaterra después de la dinastía de los Hannover y a Francia por la patriótica nostalgia de Alsacia.

El árbol de Navidad pasó de Inglaterra a los Estados Unidos y de hecho se ha popularizado en el mundo entero. España ha sido uno de los últimos países donde este árbol ha adornado las casas particulares, pero de todos modos puede decirse que ha triunfado totalmente. La presencia del árbol de Navidad, al lado del pesebre y en un país

como Cataluña, al lado del «tió», son unas tradiciones que se perpetúan.

EL TRONCO DE NAVIDAD: EL «TIO» CATALAN

La «bûche» de Noël y el «tió» catalán y mallorquín —que significa tizón, leño— era una antiquísima costumbre de Nochebuena. Era una ceremonia muy enraizada, sobre todo en el campo y formaba parte de la liturgia doméstica popular de la Noche. Tan hogareña era, que se hacía en la cocina o cerca del fuego y a veces en el hogar de la chimenea. Por lo general se escogía para el juego del «tió» un tronco que tuviera alguna cavidad donde pudieran esconderse turrones y otras golosinas e incluso juguetes. En unas comarcas se ponía una parte del leño en el fuego y se dejaba quemar; en otras, lo ponían al lado del fuego en la cocina. Pero

era norma fundamental que la chiquillería lo golpeará con un garrote diciendo la frase ritual: «Tió, caga torró». Entonces aparecían los turrónes y los regalos.

Esta ceremonia del «tió» iba acompañada de muchos rituales. En algunas comarcas los niños iban a buscar al bosque el tronco del árbol unos días antes de la fiesta. Luego, igual que en el caso de la «bûche de Noël» francesa, sus cenizas tenían peculiaridades maravillosas. Sobre todo en las comarcas donde se creía que esta ceniza, derramada en los campos, aumentaba su fecundidad. En otras regiones catalanas se ponía esta ceniza en el fuego de Navidad, creyendo que haciéndolo así, no podía morir en pecado y que el alma volaría al cielo. en cambio, en otras, se tenía la costumbre de guardar el tizón o «tió», y las brasas del fuego de Navidad de un año para otro como una continuidad familiar.

Evidentemente, todo ello es un recuerdo de los viejos fuegos del solsticio invernal. Paralelas a estas costumbres españolas están las de Francia, como hemos señalado, en las que el resto de los leños de Navidad se guardaba bajo un lecho como protección contra el rayo y el trueno. En otras regiones de Francia creían que las cenizas servían para curar las paperas y la parte del tronco que no se carbonizaba la usaba el la-

brador para hacer con ella la cuña de su arado, ya que creían que aquello era la causa de que las simientes dieran más rendimiento. En Inglaterra las costumbres y creencias concernientes al leño de Navidad fueron semejantes. En la noche de la víspera de Navidad, dice el folklorista John Braund, «nuestros antepasados solían encender cirios de un tamaño inusitado llamados cirios de Pascua o cirio pascual, y ponían en el fuego un leño de madera que era llamado leño de Pascua de Navidad para iluminar la casa y como quien dice hacer de la noche día».

Parece ser que la vieja costumbre era encender leña de pascua con un fragmento de su predecesor que se guardaba para esta ocasión durante todo el año; donde se guardaba, el demonio no podía hacer daño. Igualmente que en Alemania y en Francia, se creía que los restos del leño preservaban la casa del incendio y de los rayos.

Parecidas son en todos los países las tradiciones del leño de Navidad, que presentaba virtudes curativas y fertilizantes y además servía para proteger contra incendios y rayos. Son unas creencias que vienen de los tiempos más antiguos, de aquellos tiempos en que el hombre empezó a conocer el fuego e inmediatamente lo ligó con la luz, el ardiente sol y los solsticios anuales.

